

—Y Granados? les preguntaba, ¿en donde está el general?

O no respondían ó si contestaban era con palabras ambiguas que no me dejaban satisfecho.

—Está herido, está muerto el general Granados? volvi á preguntarles.

Uno solo hubo que me dijera:

—Está herido.

Entonces el general Martínez mandó á seis soldados de confianza que debían irse arrastrando con precaucion hasta que lo encontraran.

Pasó una media hora de horrible incertidumbre.

Por fin aparecieron los seis hombres con el cuerpo de Granados en los brazos. Lo recibí en los mios en donde exhaló el último aliento pudiendo apénas estrechar mi mano entre las suyas....

Estaba acribillado de heridas desde la frente hasta los piés y entre ellas cinco eran mortales. ¡Y todavia le sobraron alientos para estrechar mi mano como su postrer despedida....



CAPITULO XXXIX.

DERROTARSE SOLOS.

La noche fué muy triste. Toledo y yo, lo mismo que otros muchos militares que amaban apasionadamente á Granados, estuvimos llorando sobre su cadáver. A la mañana siguiente, Manuel Orellana vengó su muerte con la de algunos soldados y oficiales del enemigo á quienes desalojó de sus posiciones, dándoles un alcance terrible con su brillante cuerpo "Carabineros de México."

Lomelí llegó con unos cuantos de los suyos á Guadalupe.

Nosotros, es decir, todo el resto de los que componíamos aquel ejército, formamos un acompañamiento fúnebre al cuerpo de Granados, hasta llegar á S. Pedro en donde con permiso del cura, todo un buen sujeto y amigo campechano, lo depositamos forman-

do su fosa á un lado de la entrada principal de la parroquia.

Allí yace todavía aquel héroe, en una tumba humilde, cuya quietud no es jamás turbada mas que por las fervorosas plegarias de los fieles que se reúnen en aquel antiguo templo. ¿Qué mejor monumento para Granados que los frondosos árboles del cementerio, que las elevadas torres de la parroquia, que el recuerdo de sus amigos, y por último, las páginas que debe consagrarle la historia como á uno de los campeones mas aguerridos de la libertad y de los defensores mas enérgicos de la independencia de su patria? Cuando se refieran por los historiadores futuros los combates de S. Pedro, el Espinal, Veranos, Palos Prietos, el Presidio y Tololotlan, el nombre de Jorge Granados, brillará como el de uno de nuestros mas esforzados capitanes.

¡Descanse en pax!

Las fuerzas destacadas sobre Leon, habian ocupado aquella plaza sin ninguna dificultad y habrian podido igualmente apoderarse de Guanajuato, levantar rápidamente á toda la gente de armas del Estado á incorporársenos con cuatro ó cinco mil hombres, ó mas bien venirse pisando la retaguardia de Rocha, que venia á una sola jornada de nosotros; pero probablemente no hubo acuerdo en los dos jefes caracterizados que mandaban aquella expedicion, el caso fué que dejaron sembradas las mas malas impresiones en los pueblos que recorrieron, no obstante haber si-

do recibidos en todas partes con grandes muestras de regocijo. En Leon se les presentaron mas de mil hombres del pueblo pidiendo armas y tuvieron que despedirlos, temiendo que faltaran aquellas, y mas aún los suficientes recursos para mantenerlos.

La expedicion á Leon, no sólo fué estéril sino desastrosa, pues se perdieron, algo de prestigio, y algo tambien de soldados que encontraron buena oportunidad para desertarse.

Después tuvimos seguridades para convencernos de que nuestro triunfo hubiera estado en marchar sobre la capital con todos nuestros elementos arrollando los que se nos presentaran delante, pues bastó que se supiera que Huerta habia entrado á Leon para que el gobierno dictase disposiciones para llevar los poderes á Veracruz: tanto así llegó á desmoralizarse, proclamando casi su impotencia para sofocar la revolucion.

Aquellos eran tambien los momentos oportunos para que los correligionarios que nos habian empujado haciéndonos confiar en sus grandes ofrecimientos, hicieran algo de su parte. Uno solo de los pronunciamientos con que antes nos brindaban en los Estados de Veracruz, Puebla y Estado de México, habria sido bastante para acabar de desmoralizar al gobierno, que hubiera huido dejándonos el campo..... pero todos nuestros amigos, todos los cómplices de aquella vasta conspiracion nos dejaron abandonados.

El único que acababa de levantarse de acuerdo con los liberales de Jalisco era el general Guadarrama,

gefe del ejército, que estaba resentido con el gobierno como otros muchos porque ni siquiera las gracias se le habian dado por sus servicios. Este era popular en el Sur de Jalisco y fácil le fué reunir en dos ó tres dias cosa de quinientos hombres de caballería armados por su propia cuenta.

El general García de la Cadena, despues que todas nuestras tropas hubieron cruzado el puente de Tololotlan, dejó allí á cuatrocientos ó quinientos hombres al mando de un hermano suyo para defender el paso del puente y los lados del rio, teniendo que detener allí todo el empuje de Rocha que debia presentarse el dia siguiente, mientras nosotros ocupábamos á Guadalajara.

Esto de ocupar á Guadalajara que estaba defendida por mil quinientos hombres y treinta piezas de artillería tras una bien levantada fortificacion, no era cosa tan sencilla, y ántes bien debió considerarse como un delirio para los que no estaban en el secreto de las cosas; pero en realidad íbamos en pos del mas brillante de los éxitos. La mayor parte de los oficiales del 10.º eran de Galeana y parientes del general Martinez, quienes nos mandaron comisionados que estuvimos recibiendo por el camino proponiéndonos una combinacion. Esta consistia en que nos aproximásemos para apoyar el movimiento que deberian hacer en nuestro favor, pero si no se les presentaba oportunidad de pronunciarse con todo el batallon por la vigilancia que ejercieran los jefes, entonces nada seria mas fácil que entregarnos un fortin para que entrá-

sémos á la plaza, puesto que algunos de los comprometidos habia de ser nombrado jefe del punto en alguna trinchera que ofreciera acceso ventajoso.

El 10.º contaba de 800 á 900 plazas, de suerte que contando con él, ya teníamos de nuestra parte á toda la guarnicion de Guadalajara con la cual engrosaríamos nuestras columnas para hacerle frente á Rocha en campo raso con cosa de unos diez mil hombres y cien piezas de artillería. Por eso fué que no obstante la ventaja que tuvimos ántes de escoger posiciones para presentar la batalla con las mejores probabilidades de obtener la victoria, se escogió el que parecía mejor partido que era tomar la plaza de Guadalajara y en seguida con elementos que venian á hacernos poderosos aplastar á Rocha con nuestro número, con nuestros cañones y con nuestra elevada moral. Tras la ocupacion de Guadalajara y la derrota infalible de Rocha, ya no habia que hacer otra cosa mas que emprender un paseo militar hasta México, cuyas puertas encontraríamos abiertas de par en par y cuyas calles se cubrirían de arcos de flores para recibirnos.

Pero no contábamos para nada con la huéspedada y esa huéspedada fué que en la guerra no debe contarse tanto con la casualidad como con la prevision, colocándose siempre en los mas malos resultados de una operacion cualquiera que pueda venir á determinar un fracaso, como sucede la mayor parte de las veces, en que por un suceso el mas insignificante se malogra el mas brillante de los planes. En la guerra es necesario tener todos los hilos posibles de la combi-

nacion, para contar siquiera con probabilidades de buen éxito, pues sabido es que una orden mal comunicada, que el atraso de cinco minutos en una marcha, que la cobardia de un subalterno que no ha hecho el empuje requerido en un ataque falso y cualquiera otra pequeña circunstancia, basta para dar el triunfo al enemigo.

Con nosotros no pasó uno sino varios de estos accidentes. En primer lugar el 10.^o Batallon no llegó á pronunciarse aunque seguian los oficiales en comunicacion con nosotros, cuando habíamos ocupado algunos edificios en los arrabales de la poblacion. En segundo lugar, tampoco pudieron entregarnos un palmo siquiera de la línea fortificada, ó porque tuvieron miedo ó porque fueron encerrados dentro de la Penitenciaría que era el Baluarte principal de los sitiados y en donde deberian hacerse fuertes esperando á Rocha si nosotros llegábamos á apoderarnos de la plaza. Para esa emergencia habia almacenadas allí provisiones de boca y guerra en abundancia, y estaba artillada la fortaleza convenientemente. En tercer lugar, y esto fué lo mas grave, el hermano del general Garcia de la Cadena que defendia los pasos del rio y el puente de Tololotlan, habia sido arrollado por las columnas de Rocha, quien sin pérdida de minutos, volaba que no corria en auxilio de Guadalajara.

Entre tanto nosotros no habiamos emprendido ningun ataque, seguros como estaban nuestros generales de que no era fácil improvisar un asalto, y lo que se hizo para dar tiempo á que obraran nuestros amigos,

fué entablar negociaciones con los enemigos. Bien sabíamos que estos no habian de acceder á nada, supuesto que estaban esperando á Rocha, el cual les habia avisado ya, que venia pisándonos la retaguardia; y como á unos y á otros convenia la tregua, fácil fué establecer una inocente tirada de pláticas, ofreciéndose de nuestra parte toda clase de garantias si se aceptaba la capitulacion y los sitiados amontonando dificultades para el hecho lejano de que se resolvieran á entregarnos la plaza. Sabian unos y otros que solo estaban engañándose esperando que un próximo acontecimiento viniera á desenredar la madeja.

Nosotros fuimos, como era natural, los que llevamos la peor parte, pues una vez derrotadas nuestras fuerzas que guardaban los pasos del rio, ya no podiamos ir á presentar batalla á Rocha poniéndonos entre dos fuegos. Si ántes pudimos combatir y vencer usando de nuestro mayor número en hombres y cañones, en la difícil posicion en que nos habíamos colocado, ya no teníamos mas recurso que huir, y huir pronto, si no queríamos ser allí envueltos con nuestras propias redes. A la media noche comenzamos á movernos para el sur de Jalisco, deteniéndonos á tomar el rancho en el pueblo de San Agustin, distante unas seis ó siete leguas de Guadalajara. Y nos detuvimos allí porque la marcha comenzaba ya á ser desordenada y nuestros gefes superiores temieron que se iniciara la desercion. Hasta aquellos momentos no habíamos tenido ninguna baja y si muchas altas, contando en mas de mil los voluntarios que se nos

habian presentado en Guadalajara; pero los soldados tienen muy buen instinto, huelen desde lejos la derrota y los nuestros comenzaron á mostrar descontento desde que veian que todas nuestras marchas eran en retirada, sin que procuráramos un combate y ya se mostraban mas dispuestos á tirar el fusil que á seguir huyendo.

Después de dos horas de descanso continuamos nuestra marcha para Santa Ana, pues se nos informó por nuestros exploradores que un trozo de caballería al mando del general D. Nepomuceno Cortina, valiente merodeador fronterizo, habia sido destacado de las fuerzas de Rocha sobre nosotros. En adelante íbamos á seguir nuestras marchas en retirada teniendo siempre á la vista el enemigo.

No obstante, en medio del desaliento que se habia apoderado generalmente de los ánimos, una buena noticia vino á reanimar el adormecido entusiasmo de nuestro campamento. Es el caso que llegaron á él unos oficiales llamándose comisionados del general Amado Guadarrama, el cual se ponía á las órdenes del general en jefe de nuestro ejército con una fuerza de mil quinientos hombres, ofreciendo que se nos iria á incorporar en la cuesta de Sayula en donde se podia presentar á Rocha una batalla que fuera decisiva.

Se tocaron dianas solemnizando aquello, pues lo cierto era que ya nos habíamos olvidado de Guadarrama, quien ni siquiera habia llegado á contestar nuestras cartas, en que le excitábamos á presentarse en las inmediaciones de Guadalajara, para que presta-

ra su ayuda en las operaciones que iban á emprenderse sobre esa plaza. Calculamos que Guadarrama queria permanecer de observacion, para tomar el camino que le pareciera conveniente y no volvimos á pensar más en aquel auxilio, que de más á más no reputábamos de importancia, sabiendo que su fuerza se componía de los antiguos *chinacates* de Rojas y Simon Gutierrez.

A la mañana siguiente, continuamos nuestra marcha, y al pasar por Cuevitas, lugar muy á propósito para un combate, por parte de las fuerzas que dan la espalda á los volcanes de Colima, por tener el flanco derecho apoyado en una laguna y el izquierdo en una serrania, punto histórico ya en nuestras contiendas civiles, por haber derrotado allí D. Santos Degollado al español del ejército reaccionario, general Casanova; una vez allí, digo, muchos de nuestros gefes que se habian encontrado en aquel brillante hecho de armas, corrieron á ver á García de la Cadena proponiéndole que se esperara á Rocha. Le hacian ver que allí podria jugar muy bien nuestra artillería por encontrarse todo el terreno despejado, formándose una playa salitrosa de muchas leguas y que estaba tambien inmejorable para una carga dada por nuestro brillante cuerpo de caballería, y de más á más habia tiempo sobrado en el resto del dia y tal vez en todo el siguiente, para improvisar algunos parapetos que ocultaran nuestra línea y principalmente nuestros cañones á la vista del enemigo, en particular aquellos que habian de batirle de flanco.

Nos detuvimos y nuestros generales, seguidos cada cual de su estado mayor se pusieron á reconocer el campo. El aspecto que presentaron en ese momento nuestras tropas fué magnífico, pues todos los cuerpos que iban llegando al lugar del combate, al descansar sobre las armas lanzaban un jhural atronador como el mejor preludio de la victoria. Tal y tan vivo era el deseo de pelear en todos aquellos soldados, que parecia imposible no darles gusto, estuviera ó no estuviera bien escogido aquel terreno. Lo primero no es la posicion, lo primero es el espíritu de la tropa.

Sin embargo las cornetas y los ayudantes anunciaron á poco, que continuaba la marcha, la cual se siguió en efecto en medio de un silencio fúnebre.

CAPITULO XL.

LO DE OVEJO.

Todo el entusiasmo que reinaba en nuestras tropas y mas pronunciado aún en nuestros brillantes oficiales, se convirtió desde aquel momento en el más profundo disgusto. Al cruzar por aquellas playas secas y ardientes, que desde lejos parecen lagunas y que al andar sobre ellas se ven compuestas de arenillas relucientes en que se introducian los caballos hasta más arriba de las pesuñas y los soldados de infantería hasta los tobillos, exclamaban todos los nuestros:

—¿Y por qué no se ha escogido esta posicion?

—¿Que dicen nuestros generales?

—Dicen que no podemos permanecer aquí por la falta absoluta del agua y porque el sol nos derretiria á todos.